

La economía europea ante los retos del siglo XXI

Philippe Colombani

Consejero especial del Comisario Europeo de Política Regional y de Reforma institucional, París

Si no se hace nada, las acusadas tendencias de los determinantes del crecimiento económico podrían dar lugar a una disminución del peso relativo de Europa en la economía mundial. En este sentido, en 2002 el Instituto Francés de Relaciones Internacionales llevó a cabo un ejercicio de prospectiva por encargo de la Comisión Europea. Uno de los cinco escenarios elaborados, titulado *Crónica de un declive anunciado*, se basa en las tendencias más acusadas del crecimiento económico.¹ En dicho escenario futuro, correspondiente a 2050, el centro de gravedad de la economía mundial se desplaza hacia el área Asia-Pacífico. La «gran China» representa casi una cuarta parte del PIB mundial, y Asia, un poco menos de la mitad, lo que supone un retorno a la situación de principios del siglo XIX.

Si esta evolución se produjera, la ampliación de la Unión Europea no bastaría para garantizar la paridad con Estados Unidos. El peso de la Unión en el transcurso de la globalización sería cada vez menor; de un 22 % del PIB mundial en 2000, Europa pasaría a un 18 % en 2020, y luego a un 12 % en 2050. Durante el mismo período, las cifras

para el NAFTA² son, respectivamente, de un 24 y un 23 %. Estas diferencias se explican a largo plazo por medio de dos factores –clave– que se corresponden con los principales determinantes del crecimiento a largo plazo, es decir, la población activa y el progreso técnico (o la productividad del trabajo):

- La demografía europea está en crisis. Si no se hace nada, la población activa³ en Europa pasará de 331 millones (en 2000) a 243 millones (en 2050), mientras que en el seno del NAFTA aumentará de 269 a 355 millones. El índice de fecundidad –el número de hijos por mujer– es de 1,4 en Europa, cuando el índice de renovación de las generaciones se establece en 2. La incorporación de nuevos países a la Unión no cambia en nada esta tendencia a largo plazo. Únicamente la adhesión de Turquía podría «equilibrar» el cuadro, pero en ningún caso podría compensar una disminución generalizada en el seno de la Unión Europea. Así pues, para volver a un índice cercano al de renovación de las generaciones es necesario implantar políticas que favorezcan los nacimientos,⁴ así como unas políticas migratorias sólidas.
- La innovación tecnológica está atascada. A pesar de algunos excelentes resultados en los campos de la

alta tecnología, Europa, debido a su falta de inversiones en investigación y desarrollo, empieza a acusar un sensible retraso respecto a Estados Unidos, y se está dejando alcanzar por los países emergentes de Asia. Los gastos de I+D en la Unión, per cápita, son la mitad de los de Estados Unidos y Japón. Este dato tiene un impacto significativo en el número de investigadores y de doctorandos, y también en la presentación de nuevas patentes. Y en un plazo más o menos largo puede afectar a la productividad del trabajo, como se ha podido constatar en el período 1995-2000.

Junto con el de la construcción europea, los de la demografía y el progreso técnico son los dos grandes desafíos que la Unión deberá afrontar en el siglo XXI. Ello implica optar por unas decisiones políticas valientes, aunque sólo sea para poner el «modelo social europeo» al servicio de un crecimiento de calidad, pero al mismo tiempo capaz de financiar unas cargas sociales cada vez más pesadas. Si no se hace nada para corregir las tendencias demográficas, dentro de un tiempo el acentuado desfase entre la población activa y la pasiva acabará pesando de un modo insostenible sobre el crecimiento y los equilibrios financieros. Ahora bien, como complemento de las

¹ Los escenarios están estructurados sobre un sólido sustrato macroeconómico, derivado de los modelos de crecimiento exógeno. Estos modelos teóricos postulan que el índice de crecimiento natural de la economía (pleno empleo de los factores de producción) depende de la población activa y del progreso técnico. En la prolongación de los trabajos de Okun (1962), el crecimiento potencial de una economía determinada sólo depende, a largo plazo, de la evolución de su recurso más escaso: la fuerza de trabajo.

² Acuerdo de Libre Intercambio Norteamericano.

³ Personas en edad de trabajar (OIT-Banco Mundial) (16-64 años). (Estadísticas de la ONU-World Population Prospect.)

⁴ Un sondeo del Eurobarómetro situaba el «deseo de tener hijos» en 2, contra el 1,4 de media actual. Por tanto, existe un margen entre 1,4 y 2 para las políticas que favorezcan los nacimientos.

medidas estructurales internas de Europa, una estrategia activa de desarrollo conjunto con los países ribereños del Mediterráneo y, en menor medida, de la CEI, puede permitir la creación de un polo euromediterráneo estable y dinámico.

Más allá del desafío que supone la adhesión de diez nuevos países, a partir de 2004, la Unión Europea podría correr el riesgo de ignorar el reto planteado por los crecientes desequilibrios entre su propia población activa y los millones de recién llegados al mercado de trabajo procedentes del arco euro-mediterráneo, que va desde Estambul a Marraquech.

La falta de determinación para poner en práctica políticas imaginativas respecto de Turquía, país candidato a la adhesión, o de los países árabes ribereños del Mediterráneo, no haría más que alentar unos flujos migratorios cada vez más fuertes e incontrolables, así como los movimientos extremistas. En Europa, se corre el riesgo de que ciertas corrientes políticas demagógicas intenten sacar provecho de los temores de un electorado cada vez más viejo.

Una evolución como la mencionada sería contraproducente por dos razones:

- Alimentaría ciertos prejuicios que ya se advierten en una parte de la población europea, que asocia equivocadamente el islam con el fundamentalismo musulmán. Este hecho desalentaría las transferencias de ahorros desde el Norte hacia el Sur. Sobre este punto cabe decir que la reinversión en el Sur del ahorro de los residentes de los países del arco mediterráneo, que en la actualidad prefieren colocarlo *offshore*, constituye también un elemento esencial de confianza.
- Cerraría la puerta a nuevas corrientes migratorias, más allá de lo que ya puede observarse en la actualidad, impidiendo una sana toma de conciencia sobre el carácter interdependiente de esas dos zonas del mundo. Los hechos son bastante

simples: entre hoy y 2050, la población activa de los países del arco mediterráneo⁵ tendría que multiplicarse por dos para llegar a los 280 millones. Para el mismo período, si no se hace nada en materia de recuperación demográfica, la población activa en la Europa de los Veinticinco, a la que se suman Noruega, Suiza, Islandia, Bulgaria y Rumania, disminuirá en un tercio, quedando finalmente en 243 millones.

Ciertamente, la Unión Europea ha puesto en marcha junto con Turquía un partenariado con unas metas muy ambiciosas, que, si un día se concretara en la adhesión de dicho país, modificaría sensiblemente los datos demográficos. Pero al mismo tiempo, tal como destaca la iniciativa sobre «nuevos vecinos» adoptada por la Comisión en 2003, es necesario también reforzar la cooperación con los países de las fronteras este y sur de Europa.

Hará falta mucha audacia para que en los países del arco mediterráneo se pueda pasar del índice de crecimiento anual medio de un 4,1 %, que viene rigiendo desde 1980, a otro de un 5 o un 6 %. La creación de unos cien millones de puestos de trabajo en los veinte próximos años es un elemento esencial para la estabilidad de esta zona. Ofrecer dichos empleos permitiría prevenir los riesgos del pretendido «conflicto entre civilizaciones», que en un determinado momento se convirtió en el alfa y omega del pensamiento geopolítico de ciertos líderes de opinión de ambos lados del Atlántico.

La obtención de tales resultados económicos no está fuera de nuestro alcance, ni mucho menos. Cálculos recientes muestran que si Francia estuviera en condiciones de establecer con los tres principales países del norte de África el mismo tipo de relaciones que rigen entre Japón y China, los beneficios en el índice medio de crecimiento anual serían del orden del 0,75 % para Francia y del 0,6 % para el Magreb. Las inversiones directas

francesas pasarían de 300 millones de dólares al año a 1.300 millones.

El crecimiento económico en el período 1980-2000 se ha basado, esencialmente, en el aumento de la población activa. Por el contrario, la productividad aparente del trabajo se ha mantenido débil, del orden de un 1,2 % de índice de crecimiento anual medio, frente al 1,8 % de Europa y el 1,5 % del NAFTA. En las décadas futuras, la transición demográfica se hará efectiva, es decir, el índice de fecundidad se establecerá en torno al índice de renovación de las generaciones (2,2 hijos por mujer), y posteriormente disminuirá. Así pues, en el arco mediterráneo se advierte una «ventana de oportunidad», que los especialistas han dado en llamar el «óptimo demográfico».

Si se efectúan las inversiones y las reformas necesarias, la productividad aparente del trabajo en esta zona podría acercarse a los índices asiáticos, que se sitúan entre el 4 % (Asia del Sur) y el 8 % (China).

Asociada con un restablecimiento demográfico en Europa –lo que supone volver a recuperar la confianza– y con un partenariado estratégico con Rusia, una evolución como la descrita podría permitir que el conjunto euromediterráneo tuviera un peso considerable en la economía mundial del siglo XXI.

Esta perspectiva pone de relieve (por si aún fuera necesario hacerlo) cuán imperioso resulta que se produzca un diálogo entre las culturas y hasta qué punto es necesario oponerse a la lógica –una lógica cuya máxima ambición sería la de estar al mismo nivel de las profecías que se cumplen por sí mismas– de un pretendido «choque de civilizaciones».

Bibliografía

Informe *El comercio mundial en el siglo XXI*. 321 pp. más anexos (www.ifri.org y www.europa.eu.int). Instituto Montaigne: *Competitivité et vieillissement*, septiembre de 2003.

⁵ Excepto Argelia y Libia.